

## Homilía

*Durante la hora litúrgica de las vísperas del 9 junio*

Hermanos y hermanas:

Para la conclusión del Año Sacerdotal, el Espíritu del Señor nos ha congregado en Roma durante estos días y nos invita a una renovada Pentecostés, en primer lugar a los presbíteros. Pentecostés como está escrito en el libro de los Hechos de los Apóstoles, sucedió después de la Ascensión de Cristo, durante días de intensa oración de los mismos Apóstoles en el Cenáculo, junto con María, la Madre de Jesús. Es una preciosa indicación sobre el espíritu con el cual vosotros, queridos sacerdotes, deberíais vivir estos días del Encuentro Internacional de los Sacerdotes con el Papa. Es decir, vivir la oración, junto con María, para recibir una vez más, en modo intenso, el don del Espíritu Santo para vuestra vida presbiterial y para la misión que el Señor os ha confiado: “Id por todo el mundo a predicar el Evangelio a todas las gentes” (Mc. 16,15). “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. (Mt. 28, 19-20).

El Apóstol Pablo, en el escrito de la Carta a los Romanos, que acabamos de leer, enseña que la Iglesia es como un cuerpo con “muchos miembros y de estos miembros no todos tienen la misma función”. El sacerdocio ministerial, del cual vosotros, sacerdotes, habéis sido atribuidos sacramentalmente, os ha configurado a Cristo, Cabeza y Pastor del pueblo de Dios. Con todos los otros miembros del Cuerpo, sois discípulos de Jesús. Es decir, es determinante, porque así habéis entrado en el camino de la salvación. Y al mismo tiempo, por la ordenación presbiterial sois no solo discípulos, sino también Cabezas y Pastores de la comunidad de los discípulos. Cabezas no en el sentido mundano, sino más bien como servidores del pueblo de Dios. San Agustín lo dice a su comunidad: “Con vosotros soy cristianos, para vosotros soy obispo”. En consecuencia, el presbítero es siempre pastor, 24 horas al día, y es necesario asumir esta identidad y este ministerio con el mismo amor que Jesús pidió a Pedro: “¿Tú me amas?” y Pedro: “Señor, tú sabes que te amo” y Jesús: “Pastorea mis ovejas” (cfr. Jn. 21, 15-18). Esto quiere decir que amar al Señor y amar a su rebaño como Él mismo lo ha amado y lo ama, es la petición fundamental de Jesús a sus pastores. Se trata de la caridad pastoral, característica indispensable del pastor. Fidelidad de Cristo, fidelidad de los sacerdotes. Como Cristo fielmente ha amado a Su grey hasta el final, también así, los sacerdotes deben amar fielmente la grey de Cristo.

Pablo habla al mismo tiempo de muchos otros carismas, que el Espíritu dona a quien quiere, para el bien común de la Iglesia. En el clima pentecostal del post-Concilio, estos carismas han sido efundidos con forma renovada y múltiple sobre los fieles, en modo especial en los así llamados nuevos movimientos eclesiales. Muchos sacerdotes se han asociado a tales movimientos. Los últimos papas han aprobado tales movimientos y han reconocido que también pueden ser un enriquecimiento espiritual para los presbíteros asociados a ellos, con tal de que se armonicen con la propia espiritualidad de presbíteros, la cual, para ellos, debe ser central y determinante (cfr. *Pastores dabo vobis*, 68).

Continuemos ahora nuestra oración litúrgica, por toda la Iglesia y por el mundo y, junto con María, hagamos una ferviente oración al Espíritu Santo, para que él venga sobre

nosotros, nos ilumine, nos santifique y vuelva a encender en nosotros el empuje misionero tan urgente en los tiempos de hoy. Amén.